

El ayudante

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Der Gehülfe*  
En cubierta: Robert Walser. © Fundación Carl Seelig, Zúrich  
Diseño gráfico: Gloria Gauger  
© Suhrkamp Verlag, Zúrich 1978 y 1985,  
con permiso de los propietarios de los derechos:  
Fundación Carl Seelig, Zúrich  
© De la traducción, Juan José del Solar  
© Ediciones Siruela, S. A., 2024  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid. Tel.: 91 355 57 20  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)  
ISBN: 978-84-10183-72-8  
Depósito legal: M-13.048-2024  
Impreso en Anzos  
*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Robert Walser

EL AYUDANTE

Traducción del alemán de  
Juan José del Solar

 Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca Walser

Una mañana, a las ocho, un joven se detuvo ante la puerta de una casa solitaria y de aspecto elegante. Llovía. «Estoy casi asombrado», pensó, «de haber traído el paraguas». Pues nunca había tenido uno en años anteriores. En una de sus manos, estirada hacia el suelo, sostenía una maleta marrón, de las más baratas. Frente a los ojos del muchacho, que parecía llegar de un viaje, se podía leer en un letrero esmaltado: «C. Tobler. Oficina técnica». Esperó un instante aún, como para pensar sobre algo de escasa importancia, y pulsó el botón del timbre eléctrico, tras lo cual se presentó una mujer, criada según todas las apariencias, para hacer que entrara.

—Soy el nuevo empleado —dijo Joseph, pues tal era su nombre. Que entrase y bajase a la oficina; la criada señaló la dirección con un gesto: el señor vendría en seguida.

Joseph bajó por una escalera que más parecía hecha para gallinas que para personas, y entró directamente en la oficina técnica, a mano derecha. Al cabo de un instante se abrió la puerta. El visitante había reconocido en seguida al jefe

por sus pasos firmes sobre los peldaños de madera y por la forma de abrir la puerta. La aparición no hizo más que confirmar esa certeza previa: era, en efecto, Tobler en persona, el dueño de la casa, el señor ingeniero Tobler. Abrió mucho los ojos; parecía enfadado y de hecho lo estaba.

—¿Por qué —le preguntó a Joseph con una mirada punitiva— se ha presentado usted hoy? ¡Lo había citado para el miércoles! Aún no he terminado mis preparativos. ¿Tanta prisa tenía? ¿Có...?

La omisión del «mo» final le pareció a Joseph un tanto desdeñosa. Una palabra así mutilada no es que suene precisamente a caricia. Replicó que en la oficina de empleo habían insistido en que se presentase aquel día, lunes, temprano. Si se trataba de un error, le pedía excusas, pero en verdad no era culpa suya.

«¡Qué bien educado soy!», pensó el joven al tiempo que, involuntariamente, sonreía para sus adentros por su propia reacción.

Tobler no pareció dispuesto a disculparlo de inmediato. Insistió varias veces en lo mismo, mientras su cara, roja ya de por sí, enrojeció aún más de indignación. No «comprendía», se «asombraba» de esto y aquello, hasta que finalmente, cuando su estupor ante el error cometido hubo pasado, dejó entrever a Joseph que podía quedarse.

—De todos modos, ya no puedo decirle que se vaya. ¿Tiene hambre? —añadió. En un tono bastante ecuánime, Joseph respondió que sí. Pero al punto se sorprendió de su calma al responder. «Hasta hace solo medio año», pensó velozmente, «la solemnidad de semejante pregunta me hubiera intimidado, ¡y cómo!» —. ¡Siéntese! Donde prefiera,

es igual. Y coma hasta saciarse. Aquí tiene pan. Corte cuanto le apetezca. Y sin cumplidos, por favor. Sírvese varias tazas de café: hay bastante. Y aquí está la mantequilla, lista para ser untada, como ve. También hay mermelada en caso de que le agrade. ¿Quisiera unas patatas asadas?

—Pues sí, ¿por qué no? Con mucho gusto —tuvo el valor de responder Joseph—. Al oír lo cual Tobler llamó a Pauline, la criada, y le encargó que preparase a toda prisa lo deseado. Concluido el desayuno, los dos hombres bajaron de nuevo a la oficina, y entre mesas de dibujo, compases y lápices dispersos, mantuvieron aproximadamente este diálogo:

Le hacía falta una persona inteligente, un cerebro, como empleado, dijo Tobler con rudeza. De nada le serviría una máquina. Si Joseph se proponía trabajar a la buena de Dios, sin método ni previsión de ningún tipo, que por favor se lo dijera en seguida para saber desde un principio a qué atenerse. Él, Tobler, necesitaba un tipo inteligente, una persona capaz de trabajar por sí sola. Si Joseph creía no serlo, que por favor tuviera la amabilidad de..., etc., etc. Sobre este punto el inventor técnico no tuvo reparos en repetirse.

—Pero, Herr Tobler —replicó Joseph—, ¿por qué no habría yo de ser inteligente? En lo que a mí respecta, creo y espero firmemente estar siempre en condiciones de cumplir con lo que usted crea poder exigirme. Además, pienso que aquí arriba (la casa de los Tobler se alzaba sobre una colina) solo estoy, por ahora, en período de prueba. El tenor de nuestro acuerdo mutuo no le impide en modo alguno despedirme cuando lo considere necesario.

Tobler juzgó oportuno añadir que no esperaba llegar a esos extremos. Le pidió a Joseph que no tomara a mal nada

de lo que él, Tobler, acababa de decirle. Simplemente creyó que era su deber hablar claro desde el principio, cosa que, en su opinión, solo podía redundar en beneficio de ambas partes. Así cada uno sabría a qué atenerse con respecto al otro y todo iría mejor.

—Por cierto —ratificó Joseph.

Tras estos preliminares, el superior le señaló al subordinado el lugar donde «podría» escribir. Era este un pupitre excesivamente bajo y estrecho, con un cajón en el que se guardaban la caja para los sellos y unos cuantos libritos. La mesa, pues en realidad era solo eso y no un pupitre de verdad, se hallaba adosada a una ventana, al nivel del jardín. Por ella se veía al fondo el lago inmenso y, más allá, la orilla opuesta. Todo parecía mortecino aquel día, pues no paraba de llover.

—Venga por aquí —exclamó de pronto Tobler con una sonrisa que Joseph encontró más bien inoportuna—, ya va siendo hora de que mi esposa lo conozca. Venga conmigo, que se la presentaré. Y luego le enseñaré su dormitorio.

Lo condujo al primer piso, donde les salió al encuentro una figura femenina alta y delgada. Era «ella». «Una mujer normal y corriente», estuvo a punto de pensar el joven empleado, pero añadió mentalmente: «Y sin embargo, no». La dama observó al «nuevo» entre irónica e indiferente, pero sin intención alguna. Ambas cosas, la frialdad y la ironía, parecían innatas en ella. Le tendió indolentemente una mano, casi con pereza, y él se la estrechó al tiempo que se inclinaba ante la «dueña de la casa». Así la llamó en su fuero

interno, no para enaltecerla, sino, muy al contrario, para humillarla rápidamente y en silencio. A sus ojos, esa mujer se daba decididamente demasiadas ínfulas.

—Espero que se sienta a gusto con nosotros —dijo ella con una voz extrañamente aguda y haciendo un ligero mohín.

«Sí, dilo, dilo. Muy bonito. ¡Cuánta amabilidad! Ya veremos». En estos términos juzgó conveniente Joseph comentar para sí mismo el saludo de bienvenida. Acto seguido le mostraron su habitación arriba, en la torre revestida de cobre: una habitación en cierto modo romántica y distinguida. Además, parecía clara, aireada y acogedora. La cama era impecable; pues sí: en semejante habitación daba gusto vivir. No estaba mal. Y Joseph Marti, que tales eran su nombre y apellido, depositó en el parqué la maleta con la que había subido.

Más tarde fue iniciado brevemente en los secretos comerciales de las empresas Tobler y puesto al corriente, sin mayores detalles, de las tareas que le serían encomendadas. Por una extraña razón solo entendió la mitad. Se preguntó qué le pasaría y se hizo varios reproches: «¿Seré acaso un impostor? ¿O un charlatán? ¿Querré estafar a Herr Tobler? Él exige un “cerebro” y justo hoy yo estoy absolutamente descerebrado. Espero que la cosa mejore mañana temprano o esta misma tarde».

El almuerzo le pareció excelente.

Y volvió a pensar, preocupado: «¿Cómo? Estoy aquí sentado, comiendo como hace quizá varios meses no lo hacía, y no entiendo ni pío de los enredos comerciales de Tobler. ¿No es esto un robo? La comida es exquisita, me recuerda mucho a la de casa. Mamá preparaba este tipo de



sopa. ¡Qué legumbres tan frescas y sustanciosas! ¡Y qué carne! ¿Dónde encontrar cosas así en la gran ciudad?».

—Coma, coma —lo animaba Tobler—. En mi casa se come mucho y bien, ¿me entiende? Pero después hay que trabajar.

—El señor podrá ver que no me hago de rogar —replicó Joseph con una timidez que estuvo a punto de enfurecerlo. Pensó: «¿Me seguirá espoleando a comer así dentro de ocho días? ¿Es vergonzoso sentir cuánto me gusta esta comida ajena! ¿Justificaré mi insolente apetito con un rendimiento adecuado?».

Repitió un poco de cada plato. Pues sí: venía de las profundidades de la sociedad humana, de los rincones sombríos, silenciosos, miserables de la gran ciudad. Llevaba meses comiendo mal.

Se preguntó si se le notaría, y enrojeció.

Sí, los Tobler debieron de notarlo un poquitín. La señora lo miró varias veces casi compasivamente. Los cuatro hijos, dos niñas y dos niños, lo observaron de reojo como a un ser salvaje y extraño. Esas miradas tan abiertamente interrogativas y escrutadoras lo descorazonaron. Son miradas que recuerdan la fugaz aproximación a algo extraño, la soltura y comodidad propias de ese algo extraño, que representa una patria de por sí, y el desamparo de quien, sentado a una mesa como lo estaba Joseph en aquel momento, tiene la obligación de integrarse, con rapidez y buena voluntad, en ese mundo agradable y lejano. Son miradas que a uno lo hielan bajo el sol más ardiente: penetran fríamente en el alma y permanecen un instante en ella, gélidas, antes de abandonarla como entraron.

—Y ahora, ¡a trabajar! —exclamó Tobler. Ambos se levantaron de la mesa y se dirigieron, el jefe por delante, a la oficina del sótano para trabajar siguiendo aquella orden.

—¿Fuma?

Sí, a Joseph le encantaba fumar.

—¡Coja un puro de aquel paquete azul! Puede fumar tranquilamente mientras trabaja. Yo también lo hago. Y ahora mírese un poco estos papeles, examínelos bien: son los que exigen para el «reloj publicitario». ¿Es usted buen calculador? Pues tanto mejor. Se trata en primer lugar..., pero ¿qué hace? El cenicero está para la ceniza, jovencito; soy amante del orden entre mis cuatro paredes. Como le decía, se trata en primer lugar (coja usted un lápiz) de recapitular, de calcular exactamente los beneficios de este proyecto. Siéntese aquí, que le daré las instrucciones necesarias. Y, por favor, escúcheme bien, pues no me gusta repetir dos veces las cosas.

«¿Podré hacerlo?», pensó Joseph. Menos mal que se podía fumar en un trabajo tan difícil. Sin puro, habría dudado honestamente de la capacidad de su cerebro.

Mientras el empleado escribía, su jefe, controlando de rato en rato el incipiente trabajo por encima del hombro, iba y venía de un extremo a otro de la oficina, con un puro largo y curvado entre sus bellos dientes, de deslumbrante blancura. Y al hacerlo dictaba cifras que una mano de subordinado iba anotando ágilmente, aunque tuviera aún poca práctica. Un humo azulino envolvió pronto a las dos figuras que trabajaban. Fuera, más allá de las ventanas, el tiempo parecía querer aclararse; Joseph echaba de vez en cuando una mirada a través del cristal y advertía el cambio

que, gradualmente, se iba operando en el cielo. El perro se puso a ladrar frente a la puerta. Tobler salió un instante para calmar al animal. Tras dos horas de trabajo, Frau Tobler les mandó decir con uno de los niños que el café estaba servido fuera, en la glorieta, ya que el tiempo había mejorado. El jefe cogió su sombrero y le dijo a Joseph que fuera a tomar café y pasara luego a limpiar aquellas notas tomadas al vuelo; cuando acabase ya sería de noche, probablemente.

Luego se fue. Joseph lo vio bajar la colina a través del jardín. «Qué figura tan imponente la suya», pensó permaneciendo inmóvil un buen rato antes de ir a tomar su café en la preciosa glorieta, pintada de verde.

Durante la merienda, la señora le preguntó:

—¿Ha estado usted sin trabajo?

—Sí —contestó Joseph.

—¿Mucho tiempo?

Él le dio la información solicitada, y siempre que hablaba de ciertas personas o situaciones humanas lamentables, la dama lanzaba un suspiro. Lo hacía con una ligereza y superficialidad totales, reteniendo en su boca los suspiros más de lo necesario, como si cada vez pudiera deleitarse con los encantos de ese tono y esos sentimientos.

«Hay gente», pensó Joseph, «que parece divertirse pensando en cosas tristes. ¡Cómo esta mujer finge que piensa! Suspira como otros se ríen, con la misma alegría. ¿Será ahora mi patrona?».

Más tarde se enfrascó en su tarea de pasar a limpio. Anocheció. A la mañana siguiente se vería si era una ayuda o una nulidad, una inteligencia o una máquina, un cerebro o una cabeza hueca. De momento le pareció que había he-

cho bastante. Arregló sus papeles y subió a su cuarto, feliz de poder estar un rato a solas. No sin melancolía empezó a vaciar su maleta —todo cuanto poseía— cosa por cosa, lentamente, recordando las innumerables mudanzas en las que había usado ya esa misma maletita. El joven empleado sintió cuán entrañables pueden resultarnos las cosas humildes. Y mientras acomodaba con intencionado esmero su escasa ropa blanca en el armario, se preguntó cómo le iría en casa de los Tobler: «Bien o mal, ya estoy aquí, pase lo que pase». En su fuero interno se comprometió a esforzarse, al tiempo que tiraba al suelo un ovillo de hilos viejos y trozos de bramante, corbatas, botones, agujas y retales de lino. «Ya que aquí me dan casa y comida, quiero esmerarme física y espiritualmente para merecerlo», siguió murmurando. «¿Qué edad tengo ahora? ¡Veinticuatro años! Ya no soy lo que se dice un jovencito. Me he quedado atrás en la vida». Acabó de vaciar la maleta y la puso en un rincón. En cuanto creyó llegado el momento, bajó a cenar, luego se dirigió al correo del pueblo y, más tarde, a dormir.

En el curso del día siguiente creyó haber captado lo esencial de aquel «reloj publicitario» al comprender que el lucrativo invento consistía en un reloj ornamental que Herr Tobler estaba a punto de alquilar a administraciones ferroviarias, dueños de restaurantes, hoteleros, etc. «Un reloj de aspecto tan bonito», calculó Joseph, «puede colgarse, por ejemplo, en uno o más coches de tranvía, en un lugar donde salte a la vista de todo el mundo, de suerte que los usuarios, nuestro prójimo, puedan regular sus relojes según este y

saber en cualquier momento si es tarde o temprano. La verdad es que no está nada mal», siguió pensando muy serio, «sobre todo porque tiene la ventaja de estar vinculado a la publicidad. Con este fin le han colgado un par simple o doble de alas de águila, aparentemente de plata, o incluso de oro, para que puedan añadirse pinturas ornamentales. ¿Y qué querrán pintar en ellas si no es la dirección exacta de las empresas que utilicen esas alas —o campos, según reza el término técnico— para poner anuncios rentables? Un campo así cuesta dinero; por lo cual, como dice muy justamente Herr Tobler, mi jefe, solo habrá que dirigirse a empresas comerciales e industriales de primera magnitud. Los pagos se efectuarán por adelantado, en cuotas mensuales estipuladas por contrato. Además, el reloj publicitario puede ser colocado casi en todas partes, dentro y fuera del país. Tobler, me parece, ha cifrado en él sus más firmes esperanzas. Es cierto que la fabricación de esos relojes y su ornamentación de cobre y estaño cuesta mucho dinero, y que hasta el decorador cobra lo suyo; pero es de esperar que, a cambio, los beneficios de los anuncios afluayan, con mucha probabilidad, regularmente. ¿Qué le había dicho Herr Tobler esa misma mañana? Que pese a haber heredado una fortuna bastante apreciable, ya había “enterrado” todo su capital en el reloj publicitario. ¡Vaya broma: enterrar de diez a veinte mil francos en relojes! Por suerte no se me escapó la palabrita “enterrar”, que me parece estar muy en boga, además de ser bastante expresiva, y que tal vez me vea obligado a utilizar pronto en mi correspondencia».

Y Joseph se encendió un puro.